

## La necesidad de la definición de la metahistoria de la Guerra en la Protohistoria de la Península Ibérica

Francisco Gracia Alonso  
*Universidad de Barcelona, España*

---

**Resumen:** Aunque los estudios sobre tipologías materiales y diversos aspectos parciales relacionados con la guerra durante la protohistoria en la península Ibérica han aportado interesantes datos y análisis sobre la forma de concebir la práctica de la violencia organizada, ya sea por causas económicas, ideológicas o debido al ejercicio del poder, la construcción del metarrelato sobre la significación y características de la guerra dista de estar finalizado. Diríamos que quedan todavía muchas cuestiones por resolver. En este texto reflexionamos sobre la necesidad de incrementar los trabajos en los campos teóricos de la arqueología del conflicto y la arqueología de la violencia para construir una aproximación pluridisciplinar a las características, causas y consecuencias de la guerra durante la protohistoria, anteponiendo el análisis sociológico de la guerra para determinar que constituye una parte esencial de la ideología y las reglas de cohesión sociales de las comunidades ibéricas y celtibéricas. Tan sólo a partir de la asunción de que la guerra forma parte de la cultura, podrán definirse las características organizativas sobre su práctica y desarrollo que reclamamos.

**Abstract:** Although the studies on material typologies and various partial aspects related to war during the protohistory of the Iberian peninsula have provided interesting data and analysis on how to conceive the practice of organized violence, whether due economic and ideological reasons, and especially to the exercise of power, the construction of the meta-narrative on the significance and characteristics of the war is far from finished. We would say that there are still many outstanding issues. In this text we reflect on the need to increase the work in the theoretical fields of Archeology of conflict and the Archeology of violence to build a pluridisciplinary approach to the characteristics, causes and consequences of war during the protohistory, putting the sociological analysis of war to determine that it constitutes an essential part of the ideology and social cohesion rules of the Iberian and Celtiberian communities. Only from the assumption that war is part of the culture, will be able to define the organizational characteristics about its practice and development that we claim.

---

**E**l año 2007, en una reflexión sobre el estado de la arqueología militar en España<sup>1</sup>, indicábamos que se trataba de una especialidad en auge dentro de los estudios de la Antigüedad cuyo interés había conseguido traspasar en cierta medida el ámbito académico para alcanzar la difusión generalista a través del creciente aumento de colecciones de libros y cabeceras de revista dedicadas a la historia militar, un ciclo expansivo que permitiría acortar la distancia que en dicho terreno existía respecto a Europa y Estados Unidos<sup>2</sup>. Consolidado el campo de actuación superando los recelos e incomprensiones que ha generado durante décadas en la Universidad española el estudio de la guerra debido a una mal resuelta y errónea asimilación entre ciencia y militarismo postfranquista, la arqueología del conflicto, y por extensión la arqueología de la violencia, se configuran actualmente como una de las áreas de trabajo en prehistoria y protohistoria que cuentan con un mayor desarrollo metodológico a partir de las líneas teóricas marcadas en el mundo anglosajón<sup>3</sup>, habiendo proporcionado en los últimos años notables avances en la definición y caracterización de los conflictos y sus consecuencias desde la perspectiva de la investigación arqueológica. Desde la perspectiva de la interdisciplinariedad y aplicando en parte el concepto del presentismo, se intenta trasladar al estadio cronológico de la protohistoria y la prehistoria los conceptos de las relaciones existentes entre fuerzas armadas y sociedad para definir, en función del estudio de la sociología de la guerra, y mediante el análisis político y corporativo de la ideología, las vinculaciones entre ejército y sistema social. La batalla, expresión suprema de la violencia, ha dejado de considerarse como un referente heroico en la construcción de un discurso histórico frecuentemente nacionalista y patriótico, sino que se define como parte de una expresión cultural o forma de comportamiento de un sistema social, siendo el objetivo principal de la investigación arqueológica analizar sus características desde perspectivas globales que incluyan no sólo los componentes tácticos, sino también los ideológicos, políticos, morales, económicos, sociales e incluso rituales. Sin embargo, la línea de estudio indicada, si bien es mayoritaria entre los equipos de investigación en Europa y Estados Unidos, continúa siendo minoritaria en España, donde el concepto de la difusión ha primado en el ámbito editorial el conocimiento positivista de los hechos, y en buena medida a partir del recreacionismo histórico una cierta visión lúdica del conflicto que si bien contribuye a la difusión, el conocimiento y la aproximación de la sociedad al conocimiento del pasado, corre el riesgo de caer en la banalización debido a la conjunción entre la profusión de eventos, la primacía de la visión incruenta de la guerra al desligarla de sus aspectos más dramáticos, y en ocasiones la falta de rigor en la documentación histórica.

<sup>1</sup> Francisco GRACIA ALONSO: "Arqueología militar. Reflexiones en torno a varias novedades editoriales", *Pyrenae*, 38-2, pp. 117-122.

<sup>2</sup> Francisco GRACIA ALONSO: "La Arqueología e Historia Militar Antigua en Europa y Estados Unidos: Situación actual y perspectivas", en: Jordi VIDAL y Borja ANTELA (eds.): *La Guerra en la Antigüedad desde el presente*. Zaragoza, Pórtico, pp. 1-40. ; Fernando QUESADA: "Reflexiones sobre la historia, situación actual y perspectivas de la Arqueología e Historia Militar antigua en España". en: Jordi VIDAL y Borja ANTELA (eds.): *La Guerra en la Antigüedad desde el presente*. Zaragoza, Pórtico, pp.41-74

<sup>3</sup>

El estudio de la *guerra real* ha substituido así a la *guerra imaginada* que ha caracterizado, y aún define en gran medida, el estudio de los conflictos y las reflexiones sobre la violencia colectiva, lastrada, en el caso del mundo antiguo, por una excesiva dependencia acrítica de las fuentes escritas greco-romanas. Un cambio imprescindible por cuanto en el caso concreto de la guerra y la violencia en el ámbito de las sociedades cazadoras-recolectoras, jerarquizadas y pre-estatales, hasta la publicación del trabajo de L. H. Keeley: *War before Civilization* (1996), la interpretación se supeditaba a la idea de la inexistencia de conflictos pese a la presencia determinante en los contextos arqueológicos, por ejemplo, de ítem relacionados con la emergencia de la figura del guerrero como factor decisivo en la cohesión de las estructuras sociales, confiriendo carta de naturaleza a la tesis del buen salvaje, un extremo que ulteriores trabajos han demostrado erróneo pero que aún se encuentra representado –aunque cada vez en forma más minoritaria– en el ámbito académico, como si la distancia cronológica existente entre la actualidad y el ámbito temático analizado permitiese una visión hasta cierto punto aséptica del conflicto, olvidando que la guerra, con independencia de sus causas y consecuencias, es una expresión del fracaso del ser humano como individuo y miembro de una colectividad precisamente por su decisión de recurrir al conflicto y la violencia, período en el que el salvajismo, como antítesis del concepto teórico de civilización, predomina. No es por tanto posible desarrollar una visión funcionalista de la investigación centrándonos en las consecuencias de un proceso pero sin analizar las dinámicas internas que lo han provocado, sino que por el contrario debe ser el análisis plural el objetivo de la investigación para la definición de la inexistencia de una visión o pensamiento único sobre el conflicto que derive en una visión compartida y asumible del relato. La construcción de la metahistoria debe ser el objetivo de la investigación, pero una metahistoria en la que los paradigmas estén sujetos a constante revisión de forma que nunca puedan alcanzar la categoría de verdades absolutas. La investigación en Arqueología e Historia depende para su avance de la discusión de planteamientos que permitan ampliar las ideas esenciales que constituyen la síntesis interpretativa, y no, y especialmente en el caso de la primera, acumular datos procedentes del aumento de las intervenciones en yacimientos arqueológicos sumando ítem y cartas de distribución a una línea argumentativa predeterminada pero renunciando al mismo tiempo a la reflexión sobre si dichos datos cambian o modifican el discurso preexistente, reduciendo así la investigación arqueológica a la enunciación positivista de crono-tipologías. Negamos que la documentación arqueológica tenga límites por lo que respecta a la complejización de la interpretación, por lo que es esencial definir qué elementos precisa o modifica, en el caso del estudio de la guerra, cada nueva aportación tipológica, dado que en el caso contrario se estaría negando la propia capacidad de la arqueología en la construcción del relato histórico, y no podemos aceptar que existan límites para ello.

La antropología de la guerra ha dado paso a la arqueología de la guerra como marco teórico de estudio e interpretación, en cuyo análisis se conjugan dos líneas de estudio: las *aproximaciones indirectas* en las que se suman las descripciones de las heridas causadas por

actos violentos obtenidas en los estudios paleoantropológicos y forenses como paso previo para la reevaluación de las tipologías materiales y su significado social, y las *aproximaciones directas* en las que el objetivo de estudio son los campos de batalla. En palabras de John Keegan: “*la guerra es mucho más que la política y es siempre una expresión de cultura, muchas veces un determinante de las formas culturales y, en algunas sociedades, la cultura en sí*”. Es necesario por consiguiente no sólo analizar las características del empleo de la violencia y las razones del recurso a la guerra por parte de una estructura socio-económica y territorial, sino la sociedad en sí misma para entender el grado de violencia que es capaz de generar y asumir o, como indica M. Walzer en su ensayo *Guerras justas e injustas* (2001), comprender el conjunto de normas articuladas, costumbres, códigos profesionales, preceptos legales, principios religiosos y filosóficos que sirven para definir el grado de masacre que un sistema social está dispuesto a admitir como necesario o soportable y considerar así la idea de *guerra justa* como propia de su sistema ideológico de cohesión social. Un extremo que comporta la reflexión sobre la forma de construcción del relato del recuerdo y la negación del relato del olvido como síntesis de la construcción colectiva de la identificación del grupo con su pasado violento, elemento esencial en la definición de su propia historia, pero también de su manipulación. El recuerdo del hecho violento, ejemplificado en la iconografía, escultórica y pictórica supone la presentación al presente y al futuro de la sociedad una forma de interpretación que no necesariamente se ajusta a la realidad estricta de los hechos, sino a la forma en que los mismos pueden ser asumidos por el grupo social que los ha generado y a quien van dirigidos, una idea que sirve para reforzar la cohesión social y determinan en muchos casos el metarelato en una forma en que pueda ser transmitido no ya desde la perspectiva militar, sino social y política. El grupo ha engendrado la práctica de la violencia siguiendo unas razones y ha obtenido con ello unos resultados. Dichos resultados, con independencia de los motivos y los hechos que los generaron, son los que se transmiten. La síntesis falsa, falsaria o falseada que debemos interpretar del mismo modo que debemos prestar una mirada crítica a los relatos contenidos en las fuentes clásicas por cuanto responden a la misma dinámica compositiva y no pueden ser asumidos de forma acrítica como frecuentemente se hace.

No se trata de un planteamiento nuevo. La arqueología del conflicto deriva de una propuesta metodológica iniciada hace más de tres décadas por Víctor Davis Hanson en su obra *The Western Way of War. Infantry battle in Classical Greece* (1989)<sup>4</sup>, y continuada por John Keegan en *The face of battle* (1976) y *History of Warfare* (1993), textos en los que el objetivo de la investigación en el ámbito de la historiografía militar dejaba atrás el estudio de los movimientos de tropas y las historias regimentales en los que la interpretación se centraba en la actuación de los comandantes, para focalizarse en los aspectos más sociales del conflicto, que pasaban a ser analizados desde la perspectiva de los soldados, la carne de cañón olvidada

---

<sup>4</sup> Véanse las reflexiones de Borja ANTELA-BERNÁRDEZ: “The Western Way of War: Un modelo a debate”, en: Jordi VIDAL y Borja ANTELA (eds.): *La Guerra en la Antigüedad desde el presente*. Zaragoza, Pórtico, pp. 141-161.

en el planteamiento anterior. Dichas ideas, aplicadas en la museografía europea en ejemplos muy significativos como el museo dedicado a la explicación de las batallas de Ypres (Bélgica), fueron trasladadas hace una década a la investigación arqueológica española. Son ejemplos de lo indicado los estudios del CSIC liderados por Alfredo González Ruibal sobre los campos de batalla de la Guerra Civil, la represión en las retaguardias y el universo concentracionario franquista que se suman a un cada vez más amplio número de intervenciones por aplicación de la estatal Ley de Memoria Histórica (2007) y la autonómica catalana Llei de Fosses (2009), puesto que como ha indicado el propio González Ruibal: “*los arqueólogos trabajamos para documentar la vida de la gente anónima. Recuperamos lo trivial y lo invisible –huesos, casquillos, botones, latas- y con ello recordamos (...) porque no hay nada insignificante en una vida humana*”. La arqueología del conflicto, en contra de la lógica inicial respecto del significado público de las intervenciones arqueológicas, se asentó con mayor rapidez en el ámbito cronológico de la contemporaneidad que en el del pasado, precisamente por la importancia de la aplicación de las políticas de recuerdo y olvido colectivos y la importancia de la arqueología forense en la resolución de los procesos, memoria, duelo y justicia derivados de las guerras y conflictos del siglo XX, por lo que la excavación de fosas comunes correspondientes a períodos anteriores se ha potenciado en menor número al formar parte la violencia de dichos períodos al relato ya asumido respecto a los conflictos de los que derivan. Sin embargo, se ha demostrado que la arqueología del conflicto puede proporcionar una visión totalmente diferente a la derivada de las memorias de los combatientes o los relatos oficiales en cualquier período, ya se trate de las tumbas de los soldados del ejército napoleónico caídos durante la campaña de Rusia de 1812 localizados en Vilna, o las fosas comunes en que fueron enterrados los guerreros siracusanos caídos en las dos batallas de Himera los años 480 y 409 a.C.

Los proyectos de investigación en el ámbito anglosajón, pero también en Francia y Alemania con las intervenciones en Alesia y Kalkriese<sup>5</sup> como escenarios de los decisivos enfrentamientos marcados por el asedio dirigido por César el 52 a.C. y la aniquilación de las legiones de Varus el 9 d.C., son significativos. Pero también las intervenciones centradas en las construcciones vinculadas con el desarrollo de los conflictos, desde los refugios antiaéreos a los campos de aviación y concentración o los derelictos de navíos y aviones, que han pasado a convertirse en lugares de memoria considerados en ocasiones como tumbas de guerra y, en consecuencia inviolables. La protección de los enclaves que definen la historia común de las naciones se interpreta ahora como un elemento de cohesión social que sobrepasa los límites de la acción y la instrumentalización política para asumir un papel determinante en la configuración del presente a partir del recuerdo de lo que supuso, por sus causas y consecuencias, el ejercicio de la violencia en un periodo determinado. Las intervenciones arqueológicas y los proyectos de musealización son comunes en Europa y Estados Unidos (Gettysburg, Water-

---

<sup>5</sup> Achim ROST; Susanne WILBERS-ROST: “Looting and scraping at the ancient battlefield of Kalkriese (9 A.D.)”, en, Juan Pedro BELLÓN; Arturo RUIZ; Manuel MOLINOS; Carmen Rueda y Francisco RODRÍGUEZ: *La Segunda Guerra Púnica en la Península Ibérica. Baecula, Arqueología de una batalla*. Jaén, Publicaciones de la Universidad de Jaén, 2015, pp. 639-650.

loo, Ypres o Verdún por citar tan sólo algunos de los más destacados), pero apenas iniciada en España, donde, además, las cuestiones políticas interfieren en proyectos arqueológicos de primer nivel como las intervenciones en el área de la batalla del Ebro (1938) o en El Born (Barcelona) donde se ha documentado y estudiado un sector del barrio de Ribera destruido en 1715 para facilitar la construcción de la fortaleza de la Ciudadela tras el fin de la Guerra de Sucesión. La arqueología del conflicto, especialmente la referida a yacimientos del siglo XX, se ve así lastrada por condicionantes ajenos que refuerzan ideológicamente el rechazo a la investigación, afectando por extensión a la investigación de los conflictos en cualquier período. Cabe diferenciar, no obstante, el impacto social del metarelativo oficial con los microrelatos asociados a otros lugares de memoria, como cementerios o refugios antiaéreos, en los que es más fácil la identificación de los individuos, como miembros de una estructura social dilatada en el tiempo, con los hechos explicados y la experiencia de quienes los vivieron y sufrieron, un proceso en el que se enfrentan dos memorias: la oficial no compartida y la real asumida.

Las ideas y reflexiones anteriores nos sirven como base para expresar que el metarelativo de la guerra protohistórica en la península Ibérica dista de estar no sólo cerrado, sino en muchas ocasiones apenas iniciada su construcción. Los intentos de síntesis son ciertamente escasos, destacando, además del que nosotros mismos propusimos en 2003 abogando por la existencia de un modelo de guerra compleja en la cultura Ibérica<sup>6</sup>, los últimos trabajos de Fernando Quesada<sup>7</sup> y diversas obras de conjunto en las que se han reunido artículos que tratan diversas cuestiones sobre la guerra protohistórica, todos ellos muy apreciables, pero que no responden al concepto de construcción de la metahistoria de la cuestión, sirviendo como elemento de referencia de las generalizaciones el volumen *Historia Militar de España. Prehistoria y Antigüedad* coordinado por Martín Almagro Gorbea (2009)<sup>8</sup> en el que las interpretaciones continuaban basándose en el análisis de las fuentes clásicas, con algunas excepciones, como el trabajo de Fernando Quesada<sup>9</sup> en el que ya se abogaba por una complejidad del concepto de la guerra aunque manteniendo las visiones más tradicionales y comúnmente aceptadas: “*el objetivo de la guerra entre los Iberos no fue nunca la destrucción física del adversario, acarreado la destrucción completa de ciudades, masacre de varones y esclavitud masiva de mujeres y niños. En origen, ni siquiera contemplaría normalmente su reducción a un estado explícito de*

<sup>6</sup> Francisco GRACIA ALONSO: *La guerra en la protohistoria*. Barcelona, Ed. Ariel, 2003.

<sup>7</sup> Fernando QUESADA: “La guerra en las comunidades ibéricas (c.237-c.195 a.C.): un modelo interpretativo”, en, A. MORILLO, F.CADIOU, D. MOURCADE (Eds.): *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto: espacios urbanos y rurales, municipales y provinciales*. León, 2003, pp. 101-156; Fernando QUESADA: “Las armas en los poblados ibéricos. Teoría, método y resultados”. *Gladius*, XXX, pp. 17-42.; Fernando QUESADA: “Aristócratas a caballo y la existencia de una verdadera “caballería” en la cultura ibérica: dos ámbitos conceptuales diferentes”. *Congreso internacional Los Iberos, príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*. Barcelona, La Caixa (2008), pp. 169-183.

<sup>8</sup> Martín ALMAGRO GORBEA (coord.): *Historia Militar de España. Prehistoria y Antigüedad*. Madrid, Ministerio de Defensa y Real Academia de la Historia, 2009.

<sup>9</sup> Fernando QUESADA: “La guerra en la Cultura Ibérica”, en: Martín ALMAGRO GORBEA (coord.): *Historia Militar de España. Prehistoria y Antigüedad*. Madrid, Ministerio de Defensa y Real Academia de la Historia, 2009, pp. 111-130.



*dependencia. Sin embargo, hacia el siglo III a.C. sería ya frecuente un proceso de concentración del poder, por el cual determinadas comunidades políticas ejercerían dominio reconocido sobre otros oppida y territorios originalmente independientes y/o rivales, dominio que implicaría obligaciones económicas e incluso ayuda militar de los segundos hacia los primeros (...) la concepción de la guerra era básicamente depredadora, centrada en el saqueo de campos y ganados y de bienes muebles cuando la sorpresa lo permitiera (...) no hay contradicción entre la existencia de la batalla campal entre ejércitos formados en pequeñas llanuras y la ausencia de guerra de asedio formal".* Un texto que resume, en gran medida, el modelo interpretativo, el relato del problema que en la actualidad continúa predominando, aunque con matices.

Sin embargo, los estudios centrados en la guerra y el armamento ibérico y celtibérico, han experimentado en los últimos años un notable avance. Respecto a la cultura material, contamos con excelentes aportaciones, entre otros, de Fernando Quesada<sup>10</sup>, Alberto Lorrio, Raimon Graells<sup>11</sup> y Gustavo García Jiménez<sup>12</sup>, trabajos que han permitido la definición cronológica y el conocimiento de la evolución tipológica de las panoplias indígenas; de las influencias mediterráneas y transpirenaicas en su configuración y evolución y, en menor medida, de los cambios en las formas de combatir, lógica derivada de la sustitución de unos tipos de armamento por otros. La intervención en yacimientos ha superado el estadio de la investigación en los campamentos militares romanos que caracterizó el período comprendido entre 1990 y 2000, continuación a su vez de estudios ya emprendidos durante la primera mitad del siglo XX por Adolf Schulten quien caracterizó y estudió los emplazamientos integrados en el anillo de circunvalación de Numancia durante el asedio de Escipión Emiliano, contando con destacadas muestras de violencia prehistórica en los osarios de San Juan Ante Portam Latinam (Laguardia, Álava) y Costa de Can Martorell (Dosrius, Barcelona)<sup>13</sup>. Pero son sin duda los proyectos a gran escala los que han caracterizado la renovación metodológica durante los últimos años, destacando los liderados por el Centro Andaluz de Arqueología Ibérica para la determinación, análisis arqueológico del emplazamiento, desarrollo e interpretación de la batalla de Baecula (208 a.C.), a partir de la prospección intensiva a gran escala y el análisis multidisciplinar de los datos obtenidos, cuyos resultados han posibilitado una nueva interpretación de un enfrentamiento que ha pasado de considerarse una batalla campal reglada a un

<sup>10</sup> Fernando QUESADA: *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, simbólico de las armas en la Cultura Ibérica (siglos VI-I a.C.)*. Montagnac, Mergoïl, 1997.

<sup>11</sup> Raimon GRAELLS; Alberto LORRIO; Fernando QUESADA: *Cascos hispano-calcídicos. Símbolo de las élites guerreras celtibéricas*. Mainz, Römisch-Germanisches Zentralmuseum, 2014.

<sup>12</sup> Gustavo GARCÍA JIMÉNEZ: *Entre iberos y celtas: las espadas de tipo La Tène del noreste de la Península Ibérica*. Madrid, Anejos de Gladius, 10, 2006; Gustavo GARCÍA JIMÉNEZ: *El armamento de influencia La Tène en la Península Ibérica (siglos V-I a.C.)*. Montagnac, Mergoïl, 2012.; Francisco GRACIA ALONSO: "Reseña a García Jiménez, Gustavo, El armamento de influencia La Tène en la Península Ibérica (siglos V-I a.C.)", *Pyrenae*, 44-2 (2013), pp. 141-148.

<sup>13</sup> Jean GUILAINE; Jean ZAMMIT: *El camino de la guerra. La violencia en la Prehistoria*. Barcelona, Ariel, 2002.

combate de retaguardia para facilitar la retirada del ejército cartaginés<sup>14</sup>, y del Grup de Recerca en Arqueologia Protohistòrica, Clàssica y Egípcia (GRAPCE) para la determinación de la ubicación del campamento de Escipión junto al Ebro en la partida de La Palma (Tortosa)<sup>15</sup>; la ruta seguida por Aníbal en su progresión hacia el Pirineo, tema que contaba con más literatura académica que datos fiables; la situación del campamento romano desde el que se procedió a la expugnación del poblado del Castellet de Banyoles (Tivissa)<sup>16</sup>; y el posible emplazamiento de la batalla de Kissa el 218 a.C. que marcó el final de la primera fase de la penetración romana en la península Ibérica con la derrota del cuerpo de observación púnico y sus aliados indígenas estacionado por Aníbal en la línea del Ebro en las proximidades de la ciudad de Valls, y no junto a Tarragona como se suponía, a los que deben sumarse otros estudios ya en el marco de la guerra civil entre César y Pompeyo.

Una investigación que, sin embargo, no ha estado exenta de debates durante la última década producto de visiones contrapuestas sobre la interpretación de la documentación arqueológica, como el que sostuvimos<sup>17</sup> frente a Pierre Moret<sup>18</sup> y Fernando Quesada<sup>19</sup> sobre la función de las fortificaciones ibéricas y el empleo de maquinaria de guerra durante la protohistoria, discusión que dista de estar cerrada, y en cuyos argumentos nos reafirmamos<sup>20</sup>, aunque la mayor parte de los análisis actuales se decantan con preferencia por el carácter militar y el uso poliortético de las fortificaciones como defendíamos en su momento frente a las ideas monumentalistas y representativas del poder y el prestigio como explicación de las murallas<sup>21</sup>. Las aportaciones durante los últimos años, en especial en el caso de la estructura po-

<sup>14</sup> Juan Pedro BELLÓN; Arturo RUIZ; Manuel MOLINOS; Carmen Rueda y Francisco RODRÍGUEZ: *La Segunda Guerra Púnica en la Península Ibérica. Baecula, Arqueología de una batalla*. Jaén, Publicaciones de la Universidad de Jaén, 2015.

<sup>15</sup> Jaume NOGUERA: "La Palma.Nova Classis a Publius Cornelius Scipio Africanus encampment during the Second Punic War in Iberia". *Madriider Mitteilungen*, 53, 2012, pp. 261-288.

<sup>16</sup> Jaume NOGUERA; David ASENSIO, Eduard BLÉ, Rafael JORNET: "The beginnings of the Rome's conquest of Hispania. Archaeological evidence of the assault and destruction of the Iberian city of the Castellet de Banyoles (Tivissa, Tarragona)". *Journal of Roman Archaeology*, 27:1 (2014), pp. 60-81.

<sup>17</sup> Francisco GRACIA ALONSO: "Análisis táctico de las fortificaciones ibéricas", *Gladius*, XX, 2000, pp. 131-170; Francisco GRACIA ALONSO: "Sobre fortificaciones ibéricas. El problema de la divergencia respecto al pensamiento único", *Gladius*, XXI, pp. 155-156.

<sup>18</sup> Pierre MORET: "Del buen uso de las murallas ibéricas", *Gladius*, XXI, 2001, pp. 137-143.

<sup>19</sup> Fernando QUESADA: "En torno al análisis táctico de las fortificaciones ibéricas. Algunos puntos de vista alternativos". *Gladius*, XXI, 2001, pp. 145-154.; Fernando QUESADA: "Innovaciones de raíz helenística en el armamento y tácticas de los pueblos ibéricos desde el siglo III a.C.", *CPAUAM*, 28-29, 2002-2003, pp. 69-94.

<sup>20</sup> Francisco GRACIA ALONSO: "Las fortificaciones ibéricas. Análisis poliortético y concepto de empleo táctico en la guerra de sitio", en Arturo OLIVER (coord.): *Arquitectura defensiva. La protección de la población y del territorio en época ibérica*. Castellón, Sociedad Castellonense de Cultura, 2006, pp. 63-122.

<sup>21</sup> El propio Moret rectificó sus opiniones sobre las torres pentagonales del poblado del Castellet de Banyoles en: Pierre MORET: "À propos du Castellet de Banyoles et de Philon de Byzance: une nécessaire palinodie", *Salduie*, 2008, pp. 1-29. Reafirmación del carácter poliortético y no honorífico de la construcción en: David ASENSIO, Rafael JORTE, Maite MIRO; Joan SANMARTÍ: "La ciutat ibèrica del Castellet de Banyoles: resultats de l'excavació del sector adjacent a les torres pentagonals (2008-2020)", *Tribuna d'Arqueologia*, 2009-2010, pp. 243-263.



liorcética del poblado del Tossal de Manises (Alicante) fechado a finales del siglo III a.C.<sup>22</sup>, la reevaluación de la fortificación del Castellet de Banyoles (Tivissa), o la identificación de fosos y obras avanzadas en yacimientos como Puig de Sant Andreu (Ullastret), Molí d'Espígol (Tornabous), Els Vilars (Arbeca) y *Sikarra* (Prats de Rei), por citar algunos ejemplos, muestran cómo la asunción de sistemas de defensa complejos estaba ampliamente generalizada en el mundo ibérico, con lo que ello implica respecto a la comprensión y desarrollo de los principios de la poliorcética de defensa y asalto, y para la definición de estructuras sociales caracterizadas por el recurso a la guerra como elemento estructural y determinante en la cohesión social. Las fortificaciones no tienen un carácter preeminente de construcciones de prestigio como reafirmación de la potencia económica y política de los dirigentes de las capitalidades territoriales, y los ejemplos más avanzados en la definición poliorcética del trazado de puertas y paramentos de muralla no pueden continuar explicándose como circunscritos al territorio más próximo y por influencia directa del núcleo colonial foceo-masaliota de *Emporion*. La complejidad y extensión de los sistemas amurallados, adoptando en ocasiones patrones bien contrastados en el ámbito mediterráneo específicamente desarrollados para mantener alejados de las murallas a ejércitos que conocen perfectamente la forma de aproximarse y expugnar un recinto fortificado, en ocasiones contando con el empleo de tácticas avanzadas como la zapa o el empleo de maquinaria de guerra, no puede seguir interpretándose como un modelo constructivo carente del sentido inicial para el que fue concebido. No puede recurrirse más a la idea de copia incomprensible de una arquitectura que no se sabe emplear. La experiencia militar de las estructuras socio-territoriales ibéricas en el territorio peninsular, unido a la difusión de los sistemas que caracterizar a las guerras estatales en el ámbito mediterráneo, proceso en el que necesariamente debe incluirse el retorno de los mercenarios de origen peninsular que combaten más allá de sus fronteras al menos desde el siglo V a.C.<sup>23</sup>, definen sin duda un carácter militar para las fortificaciones. Los recursos económicos disponibles, tanto mano de obra como materiales, no constituyen un bien superfluo, y su empleo bajo determinadas características debe concebirse necesariamente como la mejor respuesta a unas necesidades concretas. Consideramos superado en positivo el debate sobre si los iberos eran o no capaces de definir y aplicar los conceptos de sitio y asalto a un núcleo fortificado puesto que el trazado de las fortificaciones se adapta a planes preconcebidos en los que las soluciones arquitectónicas responden perfectamente a la idea de forzar al posible asaltante a situarse en el peor escenario posible para sus intereses en función de complicar el acceso al interior de los recintos mediante la erección de obras de fortificación complejas y avanzadas. Las fortificaciones complejas serían así una muestra más de la existencia durante el siglo IV a.C., y especialmente a lo largo

---

<sup>22</sup> Feliciano SALA SELLÉS: "Les fortificacions a la Contestània: entre la representació social i la defensa del territori" en, Arturo OLIVER (coord.): *Arquitectura defensiva. La protección de la población y del territorio en época ibérica*. Castellón, Sociedad Castellonense de Cultura, 2006, pp.123-165.

<sup>23</sup> Raimon GRAELLS: *Mistophoroi ex Iberias. Una aproximación al mercenariado hispano a partir de las evidencias arqueológicas (s. VI-IV a.C.)*, Venosa, Osanna Edizioni, 2014.

del siglo III a.C., de amplios ejércitos de base supraestatal o tribal, y de una cultura de la guerra ampliamente extendida que condicionaría las necesidades de fortificación y defensa.

Tal y como considerábamos en reflexiones anteriores sobre el mismo tema, continuamos sosteniendo que el análisis interpretativo de la guerra en la protohistoria peninsular—al que debería sumarse el estudio de la violencia orgánica en las estructuras socio-territoriales, especialmente por lo que respecta a cuestiones de género, infancia, mortandad, variaciones demográficas y traslados de población entre otros temas—, no responde todavía a las preguntas clave que ya enunciábamos: ¿qué tipo de estructura organizativa caracterizaba la guerra protohistórica?, ¿puede determinarse la existencia de unidades militares especializadas de infantería ligera y pesada?, ¿existía una caballería pesada y otra ligera para funciones específicas, o se trata de infantería montada que combate a pie siguiendo los conceptos de *hippobátas* e *hippostróphos* griegos como ha querido indicarse a partir del guerrero del conjunto de Cerrillo Blanco que remata a un adversario caído mientras sostiene por las riendas a su montura?, ¿se combate en batalla campal y formación cerrada como parece desprenderse de algunos textos, casos de Tito Livio (XXXIV,20) y Frontino (3,10,1) o se sigue manteniendo la idea de la *razzia* y la guerrilla como elemento esencial de la forma de combatir ibérica como se ha sostenido con insistencia?, ¿debe mantenerse la idea de la guerra heroica en el mundo ibérico o tan sólo la heroización del guerrero como se desprende de la iconografía escultórica y de la cerámica vascular?, ¿cómo se organizaba el sistema de mando, distinción de unidades y transmisión de órdenes en batalla?, ¿podemos profundizar en los conceptos de logística, castrementación y temporalidad en la guerra protohistórica peninsular?, ¿pueden determinarse las variaciones en el tipo de combate?, ¿es factible la determinación de la influencia mediterránea en los tipos de armamento y sus formas de empleo?, ¿existen unidades auxiliares especializadas en el lanzamiento de proyectiles —más allá de las menciones a los honderos balearicos— para definir fuego de cobertura o barrera en la apertura de los combates y la defensa y/o ataque de las fortificaciones?, ¿se reconocerá el empleo del arco y la flecha por la cultura ibérica a partir del cada vez mayor número de ítem documentados en poblado o se proseguirá la negación de su uso militar en función de la aplicación de los principios denigratorios —por otra parte falsos— derivados de los textos homéricos?, y, por último, aunque no menos importante ¿se reconocerá el empleo de máquinas de guerra por el mundo ibérico al menos en el período anterior a la presencia de los ejércitos estatales en suelo peninsular?. La respuesta a las cuestiones indicadas supone la aceptación, por otra parte evidente en base a la información disponible, de la práctica de la guerra compleja en la protohistoria peninsular, pero lo que aún es más importante, la constatación de que la construcción de la metahistoria del problema dista de haber entrado siquiera en una fase avanzada.

La alternativa a los conceptos indicados, la guerra heroica o centrada preferentemente en el saqueo, consideramos que es insostenible. La importancia del ejercicio de la guerra ofensiva y el recurso a la violencia identitaria en las estructuras socio-territoriales ibéricas es innegable. A los conjuntos escultóricos del sur, sudeste y levante entre los siglos VI y II a.C., y a

los ajuares de las necrópolis, deben sumarse los rituales guerreros de exposición de armas y cráneos en poblado que implican la aceptación, exhibición y glorificación de las muestras más extremas de la violencia consistentes en la degradación del cuerpo del enemigo vencido como recordatorio de su derrota y negación de la ritualidad funeraria que constituye una de las bases esenciales de cualquier sistema de creencias<sup>24</sup>. Aunque generalmente atribuidos a la influencia celta del sur de la Galia en aplicación directa de los textos de Diodoro Sículo, siguiendo a Posidonio de Apamea, y Estrabón, los conjuntos de restos humanos expuestos permanentemente en lugares de tránsito como recordatorio del prestigio alcanzado en combate por miembros de la comunidad, a la par que de los triunfos obtenidos sobre otras estructuras político-territoriales, demuestran que los conflictos bélicos a gran escala entre comunidades ibéricas serían no sólo habituales, sino que la guerra estaría perfectamente interiorizada en el pensamiento colectivo como un elemento de cohesión social, especialmente a partir de los cambios estructurales documentados en diversas regiones de la llamada cultura ibérica desde el siglo IV a.C. y como una práctica esencial en la lucha por la obtención y mantenimiento del poder. Por ello, los rituales guerreros no deben ser considerados como un simple ejercicio de ritualidad o expresión del valor personal, sino como una parte esencial en la construcción del relato del poder a partir de la suma de los conceptos de recuerdo y olvido en la construcción de un elemento esencial para todas las estructuras socio-territoriales complejas: la definición de la propia historia, el relato del pasado que sirve de cohesión al presente y base para el desarrollo futuro del grupo. El control de dicha historia, del relato se realizaría mediante la transmisión oral de los recuerdos a modo de saga, idealizados y difusos con el paso del tiempo, pero de los que armas y restos humanos constituirían el apoyo documental, la prueba empírica, de su veracidad, por lo que superarían el estadio del recuerdo directo para convertirse en parte de la ideología colectiva. Relatos, iconografía e ítem servirían también para la configuración de los mitos fundacionales de las estructuras territoriales mediante la manipulación sociológica de la historia.

Por ello, nos posicionamos frente a las interpretaciones restrictivas que han calificado el ejercicio de la violencia en el mundo ibérico de “conflictos de baja intensidad”<sup>25</sup>, o como desarrollo de postulados anteriores sustentados en el análisis de los conjuntos escultóricos de El Pajarillo (Huelma) y Cerrillo Blanco (Porcuna) por los que definió un concepto de “guerra heroica” en la que tan sólo las élites guerreras, y en concreto los fundadores de las dinastías locales o los caudillos tribales combatirían con la finalidad de obtener un prestigio heroizante que les permitiera asentar su poder político y ampliar el territorio bajo su control. Un modelo con claras concomitancias con el ciclo homérico que ha dominado durante casi dos décadas la interpretación de la guerra ibérica apoyado en parte por la negación de la capacidad de las

---

<sup>24</sup> Francisco GRACIA ALONSO: “Cabezas cortadas y rituales guerreros en la Protohistoria del Nordeste Peninsular”, en Jordi VIDAL, Borja ANTELA (Eds.), *Guerra y religión en el mundo antiguo*. Zaragoza, Libros Pórtico, 2015, pp. 25-110.

<sup>25</sup> Fernando QUESADA, *Op. Cit.*, 2003.

estructuras socio-territoriales peninsulares para organizar y mantener ejércitos permanentes, así como por una excesiva dependencia de una explicación restrictiva de las informaciones contenidas en fuentes escritas tardías por las que se analizaba la forma de combatir de los iberos desde la óptica de la guerrilla y el golpe de mano rápido destinado a la obtención de botín en expediciones de saqueo contra territorios cercanos, descartando su capacidad para sostener un combate reglado en campo abierto. Una interpretación incongruente con la capacidad bélica que los mercenarios de origen peninsular y los aliados ibéricos de Cartago muestran, por ejemplo, durante la Segunda Guerra Púnica para combatir en batalla reglada frente a un ejército tan preparado para luchar en formación cerrada como el romano, debiendo recordarse que la maestría en la forma de combatir no se improvisa sino que es el resultado de la práctica y la cohesión de las unidades que integran una línea de combate, y que cuando un guerrero está acostumbrado a practicar una forma determinada de lucha es difícil su adaptación a otra completamente diferente (el paso de formación abierta y combate individual a formación cerrada), por lo que tan sólo puede colegirse que serían capaces de luchar en dicha forma si la misma constituyese un elemento intrínseco de su preparación y experiencia. Lo cual no es óbice para que se mantenga también que los cambios en la tipología de armamento no significan necesariamente que quienes adoptan una nueva panoplia sepan cómo se utiliza originariamente.

La idea de las acciones rápidas para la obtención de botín y prestigio mediante el saqueo no sólo no ha sido abandonada, sino que ha sido retomada recientemente bajo la perspectiva interpretativa de las “guerras privadas”<sup>26</sup>, en las que miembros destacados de los linajes resolverían sus diferencias mediante expediciones de castigo que generarían una espiral de violencia y represalias empleada para mantener la pulsión de las sociedades y el papel determinante de los caudillos militares y sus linajes por cuanto las funciones de acción-reacción podrían prolongarse durante generaciones en una dinámica sin salida, aunque el modelo, que algunos investigadores han calificado como propio de las sociedades que no han alcanzado el nivel estatal y en las que la violencia se entendería como un factor útil y válido para el mantenimiento de la cohesión interna especialmente si se producía a costa de los territorios adyacentes, tan sólo sería válido durante el espacio temporal en el que el balance entre pérdidas (muertes) y ganancias (botín) resultase positivo. La práctica de la violencia se entendería así como una necesidad no vinculada a la estricta supervivencia o defensa, sino como un mecanismo de afirmación personal y de grupo. No apoyamos dicha hipótesis. Consideramos que en el análisis de la guerra en el mundo ibérico debe contemplar la socialización del concepto y

---

<sup>26</sup> I. ARMIT: “Poritcos, Pillards and Severed Heads: The display and curation of human remains in southern French Iron Age”, en K. REBAY-SALISBURY, M.L. STIG SORENSEN, J.HUGHES (eds.): *Body parts and bodies whole*, Oxford, 2010, pp. 89-99; A.GORGUES: “L’honneur et le pouvoir. Les élites de l’âge du Fer dans le Nord-Est de la péninsule Ibérique”, en *Le concept des élites en Europe de l’Antiquité à nos jours*. Pessac, 2011, pp. 157-167.; A. GORGUES: “Les armes et les hommes. La mobilité des guerriers et ses enjeux dans le nord-est du domaine ibérique au IIIe s. a.C.”, en A. COLIN, F. VERDIN (eds.): *L’âge du Fer en Aquitaine et sur ses marges. Mobilité des hommes, diffusion des idées, circulation des biens dans l’espace européen à l’âge du Fer*, Paris, 2013, pp. 531-553.

el ejercicio de la violencia organizada. Una acción militar es importante no sólo en su fase de desarrollo, sino también en la de preparación y muy especialmente en la de representación y recuerdo de su desenlace por cuanto sería en estas últimas cuando se reafirmarían las ideas de estatus y prestigio de las élites, ideas que alcanzarían una mayor importancia en función de la determinación de qué miembros de una estructura social pueden acaparar y ejercer el derecho a la violencia.

La guerra en el mundo ibérico debe considerarse integrada en el modelo de guerra compleja librada entre estructuras socio-territoriales de carácter pre-estatal o estatal según se analicen las áreas geográficas y las cronologías, cuya mayor diferencia respecto a las formas y motivos de lucha en los siglos VI-V a.C. son de carácter materialista y no esencialmente de prestigio. La representación del guerrero armado jefe de una estructura tribal que aumenta progresivamente la extensión del territorio y las poblaciones que controla hasta formar una unidad socio-territorial basada en el modelo iconográfico de los conjuntos escultóricos de frontera jienenses, es substituido por la figura del jinete togado representado en el cipo escultórico de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla), en la que los símbolos del poder son esencialmente de carácter civil aunque puedan deducirse sus triunfos militares en función de los animales totémico-emblemáticos de otras comunidades, así como de los cráneos, que aplasta su montura al avanzar. Siguiendo la interpretación materialista de las causas de la guerra propuesta por Pearson<sup>27</sup>, las razones aplicables al empleo de la violencia en la península entre grupos estructurados serían: la mejora del acceso a los recursos naturales; la obtención de bienes de prestigio; imposición de la supremacía sobre otro grupo o estructura social independiente; la conquista e incorporación de otros grupos y territorios a la estructura territorial nuclear que ha desencadenado el conflicto; la defensa preventiva frente a posibles ataques; y la utilización de las crisis bélicas como elemento de reafirmación de la posición social de los dirigentes políticos en el seno de sus comunidades.

Dichos cambios los observamos también, además de las referencias de los textos clásicos en los que se describen acontecimientos correspondientes a la segunda mitad del siglo III a.C. en la Península como consecuencia de la invasión cartaginesa y que muestra –aunque mantenemos que las cifras son en todo caso exageradas– la capacidad de movilización de tropas con que cuentan los dirigentes de las estructuras socio-políticas con independencia del término con que son citados y las interpretaciones analíticas que se realizan del valor de dichas dignidades; los ajuares de las necrópolis ibéricas y celtibéricas, y los propios rituales guerreros como la presentación de armas en trofeo o la exposición de cráneos, muestran claramente una estructura social en todo el territorio ibérico en la que la guerra no es un elemento puntual, accesorio o reservado a las elites, sino una de las bases de su sistema social sustentado en el elemento determinante de los enfrentamientos desde la prehistoria: la territorialización y el control de los recursos productivos, factor que divide a las sociedades en aliadas o enemigas

---

<sup>27</sup> M.P. PEARSON: "Warfare, violence and slavery in later prehistory: an introduction", en M.P. PEARSON, I.J.N. THORPE (Eds.): *Warfare, Violence and Slavery*. Oxford, 2005, pp. 19-34.

en relaciones no siempre estables sino cambiantes. Debe recordarse que Kristiansen<sup>28</sup> ya indicó que uno de los factores esenciales para la configuración de sistemas político-económicos sostenibles y con capacidad de expansión residía concretamente en la capacidad de los jefes territoriales con capacidad militar para superar el estadio de fragmentación y conseguir el control de amplios territorios más allá de las zonas determinadas por lazos de parentesco. Una interpretación que se ajustaría perfectamente al caso del reyezuelo Culchas entre finales del siglo III y principio del siglo II a.C.

Un elemento interesante para el análisis de la forma de combate es la definición del papel que desempeñaron los mercenarios hispanos como difusores de la tecnología y la táctica militar empleada en los conflictos entre estados en el Mediterráneo central y oriental. Si la posición inicial en la historiografía española fue fijada por los reiterados trabajos que Antonio García y Bellido dedicó al tema entre 1945 y 1974, en cuyas conclusiones determinaba que habían constituido un factor determinante en un supuesto proceso de helenización de las comunidades prerromanas peninsulares, idea a la que se sumó Pere Bosch Gimpera en 1966, añadiendo el concepto de romanización al de helenización, un estudio de Fernando Quesada en 1994<sup>29</sup>, marcó durante casi una década la interpretación del problema al negar dicha posibilidad de influencia a partir de la tesis del no-retorno de los mercenarios en aplicación de las informaciones contenidas en las fuentes clásicas sobre la práctica genérica del mercenariado en el mundo griego, en las que el reenganche o el establecimiento en los territorios en los que habían combatido como sistema para garantizar su modo de vida primaban sobre el posible impacto o ascenso en la escala social que podrían haber obtenido los supervivientes de los conflictos al regresar a sus lugares de origen.

Aunque dicha tesis fue contestada por nosotros en 2003 sobre la base de argumentos antropológicos vinculados con los procesos de emigración y acumulación de riqueza, y especialmente de los patrones de procedencia mediterránea que pueden analizarse en la arquitectura defensiva prerromana del levante peninsular, y en la concepción de la poliarcética y el posible empleo de máquinas de guerra por las estructuras socio-territoriales ibéricas durante los siglos IV y especialmente III a.C. con anterioridad al expansionismo cartaginés y la conquista romana: *“antropológicamente, en una sociedad en la que la guerra jugase un papel determinante por tradición y necesidad en las relaciones internas de los miembros de un grupo como fórmula de mantenimiento u obtención de un estatus social específico, disponer de una aureola bélica podía, efectivamente, significar un camino para la promoción negada por otras vías, fama a la que debería contribuir el poder económico derivado de los salarios y el botín obtenido. Es difícil*

---

<sup>28</sup> K. KRISTIANSEN: “The emergence of warrior aristocracies in later European prehistory and their long-term history”, en J. CARMAN; A. HARDING (Eds.): *Ancient Warfare: archaeological perspectives*. Sutton, 1999, pp. 175-189.

<sup>29</sup> Fernando QUESADA: “Vías de contacto entre la Magna Grecia e Iberia: la cuestión del mercenariado”, en *Arqueología de la Magna Grecia, Sicilia y la Península Ibérica*, Córdoba, Publicaciones de la Universidad de Córdoba, pp. 191-246; Fernando QUESADA: “Los mercenarios ibéricos y la concepción histórica en Antonio García y Bellido”, *Archivo Español de Arqueología*, 67, pp. 309-311.



suponer que un número elevado de personas se sintiera atraído por el servicio bajo otras enseñas en tierras lejanas y sin grandes posibilidades de regreso y, aún más, que existiera la masa, en apariencia inagotable por mucho que las cifras proporcionadas en las fuentes sean, sin duda, exageradas, de hombres dispuestos a enrolarse”, la idea ha permanecido inmutada. Los recientes trabajos de Raimon Graells, y en especial su síntesis de 2014 *Mistophoroi ex Iberias*, a partir del análisis de la documentación arqueológica que permite observar al mercenariado hispano como “agente activo en los distintos conflictos desarrollados en el Mediterráneo desde inicios del siglo VI a.C. hasta inicios del siglo III a.C. posibilitando ver su actividad en una mayor diversidad de escenarios, junto a otros ejércitos, organizados de manera compleja, capaces de innovar y aprender” seguiría dicha línea aunque con matices territoriales y cronológicos. Dicho de otra forma, los mercenarios tendrían capacidad para introducir modificaciones decisivas en el ámbito de la guerra peninsular al admitirse que: “la influencia del mercenariado hispano sobre distintos aspectos culturales, materiales y sociales de la Península Ibérica puede afirmarse sin dudar. Lo que implica la aceptación de varios conceptos: el retorno de un volumen importante de mercenarios, lo que resulta de una contratación de corta duración o, como mínimo, con períodos de tiempo definidos; una capacidad de aprendizaje, técnica e ideológica, que muestra como su integración en los distintos ejércitos en que lucharon no sería una mera fuerza de combate; y, por último, la frecuencia (quizás ininterrumpidamente) de mercenarios hispanos en el Mediterráneo, con una fase inicial resultante de un abastecimiento de grupos del nordeste que, progresivamente, se irían desplazando hacia el sureste y hacia el mundo celtibérico”.

Indicábamos en 2003 que uno de los conceptos que debían analizarse para entender el reclutamiento de mercenarios de origen hispano debido a la rápida asimilación de las tácticas de combate propias de los ejércitos estatales del ámbito mediterráneo, era que el alistamiento no se produjera individualmente sino en grupo a partir de las relaciones de dependencia existentes entre los miembros de las elites de las estructuras sociales prerromanas. Se trataría así de un grupo de guerreros acostumbrados a luchar de forma conjunta como unidad táctica específica, lo que facilitaría su integración y rápido rendimiento en los ejércitos estatales al ser mucho más sencillo la adopción de nuevos sistemas de combate por parte de una estructura ya consolidada, en contraposición a la formación de nuevas unidades por individuos de distinta procedencia, sin vínculos personales y con diferentes métodos de combate, cuyo adiestramiento previo a entrar en línea exigiría el empleo de tiempo y recursos reduciendo la rentabilidad buscada con su alistamiento, una idea que Graells sostiene a partir de las variaciones observadas en la panoplia de las comunidades prerromanas: “posiblemente esta misma dificultad en el reconocimiento de los testimonios de la actividad mercenaria fuera del armamento refleje un filtro mediante el que las innovaciones percibidas a través del mundo mercenario llegarían a la gran masa social después de una asimilación y adaptación a los gustos y tradiciones locales por parte de la élites militares que habrían desarrollado (o gestionado) la actividad mercenaria hispana en el Mediterráneo”. Respecto de la forma de combatir de los mercenarios, es significativo que las fuentes recurren siempre a dos ideas principales: su presencia en primera línea en todos los

enfrentamientos unida a su alta calificación profesional, y su experiencia y cita recurrente en el asalto y expugnación de fortificaciones desde el siglo V a.C. en Sicilia.

El análisis historiográfico de la interpretación de la guerra en la protohistoria peninsular dista, en función de los rasgos apuntados, de estar cerrado, por lo que consideramos que en los próximos años se sumarán nuevas hipótesis e interpretaciones sobre el tema, respondiendo, rebatiendo o aceptando los problemas enunciados. Pero más importante aún que la resolución de ciertos problemas como el uso de las fortificaciones o el empleo del arco y la flecha por parte de los guerreros ibéricos, la cuestión verdaderamente importante es la falta de una síntesis, de un metarelato que aún el conocimiento sobre la guerra protohistórica y lo analice desde una perspectiva multidisciplinar desde la perspectiva de la sociología de la guerra, la ideología política y la construcción de la propia historia por parte de las estructuras socio-territoriales ibéricas y celtibéricas. Una síntesis que supere el estadio cronológico-tipológico y desgrane a partir de la cultura material la forma de entender el recurso a la violencia y las características de su aplicación.